Llora, pobre viejo, pero no te quejes, porque para ti ya no hay remedio. Tus males sólo podrá curarlos la rebeldía y para ti ya es tarde.

Menos mal si con tu ejemplo escarmientan los jóvenes que comienzan a vivir y que conservan íntegro el tesoro de sus energías.

Tú has malgastado ese tesoro en el trabajo en provecho del burgués; aprendan ellos a emplearlo en beneficio propio y de toda la clase trabajadora.

LUCIFERO

RELATOS TRAGICOS

En el campo de la muerte

Nueva York.—El corresponsal del *New York Herald* en Turquía hizo una visita a San Stéfano, la estación veraniega inmediata a Constantinopla sobre las orillas del mar de Mármara, hoy teatro de las más aterradoras escenas.

El periodista yanqui relata hechos horripilantes presenciados en San Stéfano, donde son evacuados los coléricos, convertido en verdadero campo de la muerte.

He aquí cómo describe estas atroces visiones:

«Los enfermos llegaban a millares, unos a pie, otros en carreta; pero la mayor parte en los trenes militares.

Hacía alto el convoy y los soldados eran sacados fuera de los vehículos que les habían conducido.

Los muertos y los moribundos quedaban depositados en el campo, como también los que, por su estado de debilidad, no podían marchar a pie hasta el depósito de cuarentena.

Muchos se arrastraban por el suelo, andando a gatas; después, extenuados por el esfuerzo, intentaban regresar al campo y caían muertos en el camino.

A los que podían llegar al puesto de inspección se les conducía a presencia de cuatro médicos militares.

Estos se limitaban a examinar la lengua de cada individuo, y los que se consideraban atacados por el terrible azote, eran rechazados brutalmente tras una fila de soldados que esperaban con la bayoneta calada.

Los escasos que el reconocimiento daba por sanos, obtenían permiso, sea para ganar como pudieran las líneas de Tchataldja, o bien para buscar refugio en el interior de la población.

Las súplicas de los desgraciados que protestaban contra el diagnóstico de los médicos y pedían que se les sometiese a un examen bacteriológico, no se borrarán jamás de la memoria de cuantos presenciaron escenas tan aterradoras.

Cuando declaraban en la forma más respetuosa que no estaban enfermos, sino que lo que necesitaban era un poco de alimento, los soldados les rechazaban a culatazos, y a puntapiés los oficiales.

Terminada la visita de inspección, los que habían sido declarados enfermos tenían que resignarse a sucumbir de la muerte más horrible que se puede imaginar, pues nadie les prestaba ayuda.

Arrojados a bayonetazos hacia los campos no les quedaba más recurso que tenderse en el suelo, esperando la muerte, ocasionada por el hambre, la sed y el frío.

Así han perecido centenares, millares de infelices la semana pasada. Sus gritos, sus gemidos, sus súplicas y oraciones llenaban los aires; «¡Agua! ¡Pan! ¡Dios mío! ¡Madre mía!» eran las exclamaciones que se percibían desde los alrededores de aquel campo de muerte.

Algunos conseguían huir, pero hallaban la muerte en las calles de San Stéfano.

Otros fugitivos llegaban hasta Macrikein, arrabal de Constantinopla; pero ninguna alma piadosa podía llevarles socorros, y las personas que, con riesgo de su vida, intentaban facilitarles pan y agua, eran invitadas a que se alejasen.

Los oficiales, a los que se pedía permiso para visitar a los enfermos, respondían con enojo:

—¡Dejad que mueran estos perros: son los que han huido de Kirk-Kilissé y de Lule-Burgas!

Unicamente cuando las embajadas comenzaron sus gestiones ante la Sublime Puerta se enviaron médicos con el encargo de curar a los soldados así abandonados.

Entonces se comprobó que muchos de ellos no estaban atacados de cólera, sino que padecían disenterías, producidas por las privaciones y las intemperies.

Entre los enfermos se contaban muchos de esos valientes y sencillos campesinos de la Anatolia, de naturaleza sobria, que constituyen el mejor elemento de la nación turca y cuyo único crimen era el de no haber podido combatir por falta de alimentos y muertos de inanición.»

El redactor del *New York Herald* termina diciendo:

«Los turcos no proceden así por crueldad, sino por apatía e inercia. He hecho este relato para poner en evidencia los motivos por los que los turcos deben volver a Asia, pues en el siglo XX no deben permanecer ya en Europa.»

Los vividores

Vividor.—Rufián, jugador, que no tiene profesión definida.
Explotador.—Quien vive del trabajo ajeno.

La actual sociedad, basada en la fuerza capitalista, denomina vividores a los que no amparados en las leyes, se buscan la vida por medios más o menos lícitos.

Para nosotros, los anarquistas, aparte lo que a las leyes se refiere, los vividores abarca, además de lo expuesto, a los que pregonando la igualdad y la fraternidad entre el pueblo obrero por medio de la política, consiguen un mediano bienestar, emancipándose de la tutela del burgués y creándose canongías.

Todos los partidos políticos—desde el tradicionalista hasta el socialista—tienen el mismo lema y, por lo tanto, todos han de ser acreedores a nuestras censuras, y con predilección el republicano y socialista que en nombre de una fingida libertad causan más daño a la clase trabajadora, desviándola del verdadero camino de su emancipación.

Los socialistas que organizan sociedades con la vista fija en secretarías retribuídas o administraciones con paga, hacen obra nefasta para el proletariado en general y no son luchadores abnegados como en vano pretenden demostrarnos, sino simples vividores que cuando ven que en estas sociedades por ellos organizadas no pueden *sacar raja*, se retiran en busca de otro campo más propicio para sus ambiciones.

De estos ejemplares hay muy buenos modelos en Francia, Alemania, Suiza, Italia y España, donde el partido socialista no se diferencia en nada del cualquier partido burgués, como no sea el de oponerse con más tenacidad a las reivindicaciones proletarias.

Debido a este proceder no sufren más que en raros casos las represiones gubernamentales, siendo flor escasa su persecución pues que su propaganda es defensora del Estado.

Los vividores obreros son esos socialistas erigidos en jefes por las masas ignorantes e incultas que les encumbran, esperando de otro lo que con su esfuerzo pueden lograr.

Ellos, *vivos, desaprensivos*, aceptan el papel de redentores mediante un sueldo, sin perjuicio de hacer traición a la clase cuando las circunstancias lo demanden.

Ejemplos: 1902, Barcelona; 1912, los ferroviarios.

Veamos: ¿Qué minero en Vizcaya cobra al mes 25 duros como Solinís, secretario de la Federación Minera? ¿Qué tipógrafo en Valladolid *gana* 4 pesetas diarias, casa y luz como Cabello, administrador de la Cooperativa obrera? ¿Qué obrero ferroviario en España percibe un sueldo de 50 duros mensuales como Cordoncillo, secretario de la Unión Ferroviaria? ¿Qué fontanero en Madrid alcanza el salario diario equivalente a 225 pesetas que todos los meses cobra Barrio como secretario de la Unión General de Trabajadores? Y así muchos más. Contesten los interesados.

De la misma manera que los socialistas han prostituído la organización obrera y el sindicalismo a base múltiple creando puestos retribuídos, del mismo modo han prostituído su prensa, dando cabida en ella al anuncio comercial para así pagar a los directores y colaboradores—cosa muy natural en quienes desconocen el sacrificio que la persecución de un ideal impone,—cuando no crean nuevas gabelas que han de correr a cargo de las entidades obreras por ellos manejadas.

Los burgueses, aristócratas, príncipes, capitalistas, etc. etc., son explotadores del sudor ajeno a cuya costa viven y gozan; los vividores son los que se doblegan y se alían con aquéllos a cambio de un acta de diputado, concejal o cargo análogo que le permita elevarse de la clase a que pertenecen, traicionando su principios doctrinales y económicos.

La prensa anarquista y sindicalista es la genuina representante del verdadero sentir de los explotados y esa prensa se confecciona por y para los trabajadores, por grupos editores compuestos de individuos que, robando horas al descanso después de terminada la diaria faena, han conseguido encontrar el camino recto de la emancipación humana, y ponen al servicio de sus compañeros el fruto de sus estudios sin otra retribución que la miseria, el destierro, la cárcel, el presidio y a veces el patíbulo, que es el premio que la burguesía tiene siempre dispuesto para los camaradas que a la lucha social dedican todas sus energías.

Esta es la obra de los hombres conscientes; los bribones hacen otra cosa.

E. BOAL

Sin matrimonio

La tiranía empieza con las relaciones amorosas de los seres. Lo que debería ser la base de una generación consciente, libre y dichosa, es hoy el producto de una humanidad fea, esclava y corrompida.

El amor sexual se halla actualmente prostituído y degenerado. Las concepciones producidas por el amor efectúanse con asco y sin ideales. He aquí por qué nacen tantas monstruosidades humanas y perdura aún la tiranía.

Idilio amoroso que ignora las cadenas esclavizadoras de la Religión y el Estado

El primer verdugo es el marido que se impone a la mujer, ya sea por la fuerza física o por la fuerza legal o religiosa.

El hombre al unirse con la mujer se considera ya un pequeño tirano; las relaciones con ella no son morales ni amorosas sino materiales y despóticas. Se sirve de ella para satisfacer un capricho sexual, pero al quedar la carne sosegada se vuelve con ella verdugo y tirano.

Para el hombre la mujer no tiene derecho de pensar ni discutir; debe de dedicarse a los quehaceres de la casa y dejar que el hombre se ocupe de los problemas de la vida. La única libertad que tiene la mujer es de irse a corromper en la iglesia, ya que el hombre no tiene ningún temor que ella aprenda a rebelarse en el templo de dios, pues por eso la religión la ha atado a él con los lazos conyugales.

La mujer no es bastante inteligente, para tratar con su marido de asuntos morales o nivelarse con él por medio de la mentalidad. El hombre perdería toda su superioridad si dejara a la mujer llegar a obtener los mismos conocimientos que él posee, pues entonces, ¡adiós autoridad! Así discurren la mayoría de los hombres.

Y el que no se une con una mujer, ya sea por lo religioso o por lo civil, es un traidor a la causa de los maridos tiranos. Es un libertino que no se tiene respeto a sí mismo. Porque, así no hay obediencia, ni respeto a las sagradas leyes conyugales.

Pero los anarquistas nos preocupamos muy poco de la crítica que hagan las gentes, y cuando logramos atraer a la mujer porque nos quiere, nos pasamos de los ritos civiles y eclesiásticos, y damos por sancionada nuestra unión, gozando juntos del amor con todos los encantos y placeres que la naturaleza nos brinde.

Y, sin embargo, somos considerados como personas inmorales, por el hecho de haber violado las leyes del matrimonio.

Parejas conocemos que se unieron libremente hace muchos años y viven todavía con amor y armonía. ¿Quién pudiera decir otro tanto de los matrimonios «legales», que a pesar de haber pasado por las puertas del juzgado o de la iglesia, andan por ahí separados y sufriendo muchas veces la mujer y los hijos las consecuencias de la ruptura matrimonial? Otros aguantan el lazo conyugal con hipocresía y con gran sufrimiento. Los intereses juegan un papel importante y otras veces la necesidad obliga a dos seres a vivir eternamente odiándose el uno al otro, enseñando a sus hijos el calvario de la vida, con toda su fealdad.

Infinidad de familias viven en continua lucha, por no existir el amor sino la imposición del padre o del marido. Los hijos, en vez de recibir educación, aprenden a considerar a la mujer como una esclava, y al casarse ellos, continúan esta vida degradada y despótica.

Pero no habléis a nadie del amor libre, es una palabra demasiado fea y repugnante. Podéis hablar de la libertad de los hombres, del pueblo, pero no habléis a nadie de la libertad de la mujer. Para ésta no hay ni derechos, ni emancipación, la esclavitud eterna, que bastante hace uno en cargarse con su cara mitad, vistiéndola y manteniéndola. Tan sólo los anarquistas somos lo bastante atrevidos para propagar estas nuevas ideas del amor libre, poniendo a la mujer en la misma altura del hombre, considerándola como un sér igual a éste, tratándola como una compañera de la vida, como una parte integrante de la reproducción de la especie.

Al decir, pues, los anarquistas *sin gobierno*, queremos decir también *sin matrimonio*, por considerar esta institución la base de toda autoridad y de toda tiranía.

Somos, pues, nosotros, radicales en todo, y más que nada en las relaciones sexuales, porque entendemos que una vez se haya nivelado la mujer con el hombre y se conciba el amor tal cual como la Natura lo ha creado, entonces saldrá de los hogares la dicha, la armonía, la consciencia y los conocimientos todos de la vida.

Y el amor libre sintetizará toda la libertad, el respeto humano y la felicidad eterna.

Confederación Obrera Brasileña

Las clases capitalistas del Brasil, impotentes para impedir el avance de las ideas emancipadoras entre la clase trabajadora han apelado a la mixtificación fundando organizaciones que tienen gran parecido con las que aquí padecemos bajo la advocación de San José y que dirigen y *menean* las personas más influyentes en la religión católica.

La «Confederaçao Operaria Brasileira» da la voz de alarma a los trabajadores brasileños, para que no caigan en el lazo que les tienden sus protectores burgueses, y ha publicado la siguiente circular:

Al proletariado en general

Compañeros: La Federación Obrera de Río de Janeiro, de acuerdo con diversas federaciones y asociaciones de clase del interior nombró la Comisión reorganizadora de la Confederación Obrera Brasileña, a fin de dar principio a los trabajos para la realización en esta capital del II Congreso Obrero Brasileño.

Teniendo en cuenta la situación porque atraviesa la clase trabajadora en el actual momento histórico, esta Comisión, contando con tal valiosos elementos, comenzó los trabajos de organización del proletariado en general, estrechando las relaciones por medio de constante correspondencia con todas las federaciones locales, regionales, sindicatos y asociaciones de clase establecidas en el Brasil.

Felizmente, camaradas, aquella aparente apatía que se observaba en el elemento obrero, tiende a desaparecer por completo, transformándose en actividad animadora, que tan vigorosa y gallarda se manifiesta en todas partes, principalmente al sur del país.

El proletariado brasileño, el esclavo de siempre, la eterna bestia de carga, parece dispuesto a ahuyentar de sí las degradantes supersticiones que aun lo mantienen bajo el yugo feroz de una esclavitud infame y de una explotación tan torpe e inicua como vergonzosa.

Considerando todo esto, así como la necesidad imperiosa de conocer las asociaciones obreras existentes en todas las localidades del interior del país, esta Comisión pide a las mismas, a la mayor brevedad, dé las condiciones en que la clase está organizada o en vías de organización, número de asociaciones existentes en cada localidad o en cada Estado, si posible fuere, así como la orientación que siguen las mismas.

También debéis pedirnos los esclarecimientos e informaciones que creáis necesarios para la buena marcha de la organización y orientación.

Esto, como véis, es de capital interés para formar estadísticas y fortalecer los lazos de unión y solidaridad, mucho más hoy que para desviar nuestro espíritu emancipador surgen encubiertas en el campo explotador y político promesas tan hipócritas como falaces.

Una prueba elocuente sobre lo potentemente a la luz meridiana del sol tropical que diariamente nos saluda con sus poderosos rayos.

En esta capital, cuyos progresos no es necesario enumerar, se anuncia para en breve la realización de un Congreso *obrero*... y como la mayoría de los obreros del interior ignorará que dicho Congreso, de obrero sólo tiene el nombre, nosotros, por medio de circulares y de la prensa, llamamos vuestra atención sobre semejantes mixtificaciones.

¿Se puede tener confianza en las decisiones de un Congreso, que aunque se titula obrero, forman parte de él personas ajenas a la clase y es recomendado y propagado por la misma burguesía explotadora?

¡Vana ilusión!

La Confederación Obrera Brasileña, teniendo en cuenta las resoluciones de su primer Congreso, justificadas, confirmadas y coronadas por el éxito más lisonjero, no sólo en los movimientos en esta parte del mundo, sino donde quiera que se han realizado, llama nuevamente vuestra atención hacia la táctica y medios de lucha adoptados en la actualidad por el proletariado universal.

El proletariado brasileño ha estado hasta hace poco tiempo apartado de la lucha colosal en la que nuestros hermanos de otros países hicieron valer sus derechos alcanzando importantes victorias.

Hoy el despertar se acentúa y las grandes ideas emancipadoras surgen majestuosas en este vasto y fecundo suelo, que se extiende desde el Amazonas al Plata.

Teniendo en cuenta que la emancipación del trabajador ha de ser obra de él mismo; que sólo tienen valor real las conquistas alcanzadas por su propio esfuerzo, y nunca por la intervención de terceros, que es enervante y perjudicial, la Confederación Obrera Brasileña lanza el presente llamamiento a todos los explotados, a todas las víctimas de la actual organización social.

Ya en el primer Congreso quedó resuelto, en vista de que el obrero se hallaba extremadamente dividido por sus opiniones políticas y religiosas, «que la única base sólida de acuerdo y de acción son los intereses económicos, comunes a toda la clase obrera, los de más clara y pronta comprensión; que todos los trabajadores, desengañados por la experiencia y desilusionados de que su salvación la obtendrán por otros medios que no sean su voluntad y acción, reconocen la necesidad ineludible de la acción económica directa de presión y resistencia, si la cual, hasta para los más legalitarios, no hay ley que valga.»

¡Sí, compañeros! Así como el agua fertiliza los campos estériles y el sol vivifica la vida en general, dando margen a la actividad de todo lo existente, las ideas emancipadoras, manantial inagotable, excitan al ejército productor a ocupar sus puestos y conquistar lo que por derecho le pertenece.

No está muy lejos el día. Todo es cuestión de actividad y de que cada individuo en particular, y la colectividad en general, demostremos en pro de nuestros propios intereses.

Compañeros: La Comisión reorganizadora de la Confederación Obrera Brasileña, alentada por las vigorosas pruebas de afecto y asentimiento recibidas, os recomienda una vez más la atención sobre las circulares que remitimos a todas las sociedades obreras existentes en el país.

Toda la correspondencia debe dirigirse a Caixa postal 1127, Rio de Janeiro.

LA CUESTION SOCIAL EN AMÉRICA

Ettor y Giovannitti ante el Jurado

Si nos creéis asesinos de nuestra hermana, que vuestra condena sea la muerte. La Historia registrará este hecho. Nos sometemos a un tribunal más grande que éste: al de millones de trabajadores que levantarán la bandera del trabajo cuando nosotros caigamos en la tumba.

ETTOR Y GIOVANNITTI

Esta fué en substancia la conclusión, de los dos alegatos más notables que se han escuchado ante un tribunal, hechos por Joseph J. Ettor y Arturo Giovannitti, organizadores de la huelga de los tejedores de Lawrence, en el tribunal del condado de Essex, puestos de pie en la jaula de presos, hablando en defensa propia y en favor de su compañero Joseph Caruso, acusados de la muerte de Anna Lopizo en un motín.

Ettor, organizador de la huelga, y Giovanniti, el escritor socialista, mantuvieron a la Audiencia llena de simpatizadores que contenían el aliento, en un silencio sepulcral por más de una hora.

El fiscal del distrito, señor Atwill, acababa de condenarlos como representante del gobierno.

Sus últimas palabras fueron para decir que las expresiones de los organizadores de la huelga habían sido traicioneras, que a ellos no se les necesitaba en Lawrence para la solución de los problemas que presentaba el conflicto, y que se presentaron, no como filántropos y apóstoles de la paz a trabajar por el mejoramiento de la humanidad, sino como una amenaza al gobierno libre, como agentes de turbas, como destructores del Estado y de la Sociedad.

Cuando el fiscal terminó sus tremendas acusaciones, los abogados defensores, informaron al juez Quinn, de que los acusados deseaban hablar.

El juez anunció que las leyes del Estado de Massachussets, les concedían el derecho de dirigirse al jurado y podían hacerlo, pero avisándoles que no podrían discutir nada que no fuera pertinente a las declaraciones presentadas en el caso.

Ettor, medio incorporado en el asiento, movió la cabeza con signo de asentimiento, y se puso de pie.

Con voz clara como el timbre de una campana empezó a hablar con serenidad y calma, dando comienzo al análisis del caso.

Declara que él no ha sido juzgado por sus actos, sino por sus opiniones.

Al hacer esta manifestación vacila, diciendo que quizá el juez y la corte no le dejarán decir lo que quiere, aun cuando está de acuerdo con lo que ya ha dicho sobre los agentes de los manufactureros, que colocaron dinamita en Lawrence, y produjeron los motines en los tranvías con el deliberado propósito de desacreditar a los huelguistas.

El juez, dijo: Puede usted proseguir.

Entonces Ettor declara con entusiasmo que su hermana la hermana de Giovannitti y de Caruso, Anna Lopizo, había muerto a consecuencia de un complot de los manufactureros para romper la huelga.

Ettor protesta de su inocencia y de la de sus compañeros en los cargos que se les hace de incitar al motín; dice que si el jurado cree que son culpables, que los condene a muerte y no los encierre en una prisión donde no podrán seguir trabajando por el mejoramiento de las condiciones de la clase trabajadora que lucha por un ideal, el ideal y la aspiración de llegar a un estado en que los obreros obtengan todo el producto de su trabajo. Hace una pintura de la crucifixión y habla de la horca, de la guillotina y de la silla eléctrica, cuyos instrumentos de muerte han funcionado constantemente durante la historia, sin que hayan podido contener el avance de la causa del derecho, y termina pidiendo al jurado que haga justicia.

Cuando Ettor terminó y se sentó, gran número de mujeres estaban llorando y aun los hombres no podían contener sus lágrimas, entre ellos algunos de los compañeros de los acusados durante la huelga de Lawrence.

Entonces se puso de pie Giovannitti, que estaba junto a Ettor. Su rostro parecía henchido por la emoción y sus ojos preñados de lágrimas.

Dijo que iba a hacer el primer discurso en público, pronunciado «en vuestro bello idioma.»

Dirigiéndose al fiscal señor Atwill, dijo con voz temblorosa:

—Tan solemne es este momento; tan lleno de emociones contradictorias me encuentro en estos instantes, que no sé si podré terminar lo que tengo que decir.

Y de pie, con la frente alta, estuvo hablando veinte minutos.

El no discutió las pruebas, sino lo que llama la absurda e infamante idea de que él y sus compañeros pudieran haber albergado un pensamiento asesino.

Luego levantando la voz y recorriendo con la mirada la vasta audiencia, con movimiento rápido y gesto violento, dijo:

—Si hay algún hombre en esta corte que tenga sentimientos asesinos en su corazón, ese hombre no está dentro de esta jaula.

Refirió la historia de su vida; sus ambiciones; su alianza a la causa del socialismo como única solución de los males que afligen a la humanidad, y terminó con palabras conmovedoras, diciendo que la vida era muy dulce cuando se tenía una esposa amante, una madre tierna y grandes ideales que amar, como amaba él: que sentía pasión por vivir y no quería morir como mártir, sino que prefería la vida para luchar por el mejoramiento de los hombres, y que si vivía proseguiría haciendo lo que ha hecho hasta ahora, y si implacables le condenaban a muerte, se consolaría pensando que había de ser juzgado por un tribunal superior compuesto de miles de personas.

Un silencio sepulcral siguió reinando en la audiencia después que Giovannitti se sentó, como si todos los espectadores y la corte misma estuviera sobrecogida por el espanto, o demasiado conmovida para poder hablar.

***

En seguida el juez Quinn, dando una satisfacción al jurado, diciéndole que se veía obligado a ocuparlo más tiempo, anunció que no podía instruirlo sobre el caso hasta el lunes por la mañana.

El fiscal señor Atwill, después de leer el reglamento de los Trabajadores Industriales del Mundo, dice que allí se exige una cuota a cada miembro de la asociación, para sostener la Junta Ejecutiva y que Ettor tenía motivos para querer aumentar los miembros de la Asociación cuando fué a Lawrence.

—¡No, señor!—gritó Ettor medio incorporado en el asiento.

El rostro del acusado se había puesto rojo de cólera.

Su abogado señor J. D. Mahoney, se volvió rápidamente y le aconsejó que reprimiera sus impulsos y de algunos de los que estaban cerca del estrado, salió un aplauso reprimido por el sheriff, que impuso orden y el incidente cesó.

El fiscal del distrito pudo continuar y dijo que para Caruso, como ignorante de las leyes americanas, había alguna disculpa, pero que en este caso lo principal que había que considerarse, era el maligno y brutal origen que había inspirado el crimen.

La causa y la inspiración para el crimen de Caruso, fueron las incitaciones de los acusados Ettor y Giovannitti.

—Caballeros del jurado—dijo el fiscal—ustedes han visto y oído a esos acusados mientras declaraban y saben que ellos podían apreciar la situación en Lawrence; la que hasta los hombres menos impresionables temían.

Después de haberle puesto al frente del movimiento y haber provocado esa situación de que resultó un crimen, dicen ahora: Nosotros no somos responsables, porque el material era inflamable y siempre hubiera resultado lo mismo.

—Esos hombres no son los filántropos bajo cuyo aspecto acaban de presentarse aquí.

Vinieron a Massachussets, por su propia voluntad, guiados por la ambición de poder, de notoriedad, de dinero.

El fiscal hace una revisión de todas las manifestaciones violentas de los acusados, del intento de obligar a los patronos a un arreglo; de la organización de la parada pacífica y la manifestación en la obscuridad, al amanecer del 29 de enero; los desórdenes y motines en los tranvías que le precedieron y el motín en que perdió la vida Anna Lopizo.

Dice que todo eso fué planeado por Ettor, el pequeño general, para hacer de Lawrence una ciudad desgraciada y demostrar a los manufactureros que ningún obrero iría a trabajar.

Ettor, dijo: Yo no hago amenazas, la historia es quien las hace; la historia registra hechos semejantes con pocas variaciones, aquí y allá, pero nadie puede destruir la verdad y la verdad es que yo he sido traído ante la barra, por mis opiniones políticas y sociales.

Yo quiero contestar al señor fiscal del distrito, y decirle que si la concepción de la riqueza tal como él la ha explicado es exacta, entonces todos los economistas, todos los pensadores y todos los grandes hombres y mujeres de este país, no han servido de nada y no han valido ni valen nada.

Sigue Ettor explicando sus ideas de la riqueza y la propiedad y dice: que los trabajadores deben ser los dueños de todos los instrumentos de trabajo.

El señor Atwill, dice: Yo no conocía la tradición de Massachussets y que hacía una traición porque hablaba a los extranjeros.

El derecho a la libertad de la palabra está garantizado en la Constitución y por tanto yo tenía derecho para hablar al pueblo.

¿No tenía yo derecho de hablar al pueblo y explicar los ultrajes que se estaban cometiendo con aquellos seres humanos? A mí no me enseñaron, ni yo aprendí en el colegio cuando leí la Constitución de los Estados Unidos, que semejante conducta era una traición.

Y por hacer esto me encuentro encerrado en una prisión y se me acusa de haber dado muerte a una hermana, porque hablaba protegido por la Constitución a hombres que no habían nacido en este país.

Se me acusa porque dicen que había insinuaciones en mis discursos; se dice que yo hablé dando la señal para que se armaran. En esto nada tiene que ver la comunidad, porque la vergüenza y la mancha de estos horrendos procedimientos no cae sobre la comunidad de Massachussets, sino sobre los capitalistas, que han esclavizado a los seres humanos reduciéndolos al estado increíble de apéndices de las máquinas.

Cierto que yo no tengo familiares, ni propiedades en Massachussets, pero tengo algo que es para mí más querido que todo eso, y son las hermanas y hermanos, que me pidieron que les ayudara.

Continúa Ettor hablando con entusiasmo y dice:

Yo he declarado aquí y repito ahora, que creo que los tranvías fueron destrozados por los agentes de los manufactureros, igual que los que pusieron la dinamita, y digo que nuestra hermana Anna Lopizo, fué asesinada por los agentes de los manufactureros.

Me haría responsable de mis palabras, si se explicaran mis discursos completos; pero lo que se hace aquí es presentar párrafos incompletos, de los que se podían sacar deducciones que me condenaran.

Digo con el debido respeto a este tribunal, que aquí no se pueden tratar mis ideas y opiniones sociales. Ese juicio ha tenido lugar hace miles de años, cuando los poderes de la opresión y la tiranía creyeron que para acabar con las ideas revolucionarias, bastaba con el funcionamiento del martirio de la *cruz*, la *guillotina* y la *horca*.

Yo pregunto al señor fiscal del distrito: ¿Cree que la *cruz*, la *guillotina* y la *horca*, han podido apagar las ideas? Reconoce el señor fiscal que no han podido y que el grito social de ayer se ha convertido en la religión de hoy, y debe reconocer también que los criminales sociales de una época, fueron lo santos de la época siguiente.

Señores jurados: Si creen que nosotros debemos morir y llevar la bandera de trabajo al sepulcro; si creen que yo maté a Anna Lopizo, o que yo quería que alguno la matara, o que la señalé con el dedo, condenadme a muerte, que yo marcharé al patíbulo con la frente levantada.

No presento ninguna disculpa, y aceptaré tranquilo el veredicto; si soy culpable que pague mi crimen y mis compañeros, que son de igual opinión, iremos a la silla eléctrica; así lo cree Giovannitti, pero iremos con la cabeza levantada cantando el himno del trabajo y con la sonrisa en los labios entregaremos nuestra bandera, que en ese día cientos de miles de trabajadores recogerán para desplegarla en lo alto como el símbolo de la emancipación de los esclavos, hasta que los obreros obtengan íntegro el producto de su trabajo.

Si voy a la silla eléctrica, iré con el feliz pensamiento de que hasta la víspera de mi muerte estuve en mi puesto defendiendo mis ideas.

Si voy a la muerte, millones de hombres y mujeres, conocerán que mis ideas sociales han sido el factor determinante de vuestro veredicto; ni doy satisfacciones ni pido favores. Pido simplemente justicia.

¿Sois vosotros los doce hombres que van a ofrecer nuestra sangre a los manufactureros de Lawrence? Muy bien: yo no temo al resultado; haced justicia, sencillamente justicia y estaremos satisfechos.

Giovanniti, entre las cosas que manifestó después de Ettor, dijo:

A pesar de que la vida es tan querida, para mí hay algo más grande y que aprecio y quiero más que la vida, y es mi conciencia y la lealtad que debo a mis compañeros y a mi causa.

Si el jurado decreta que debemos vivir, quiero decirle, para que lo sepa, que en la próxima huelga que haya en este país, donde quiera que sea y se nos necesite, allí estaremos Ettor y yo, marchando humildemente como soldados del gran ejército de trabajadores del mundo. Y si nuestros corazones han de dejar de palpitar en la misma silla eléctrica como asesinos; si somos tan criminales como creéis, entonces pasaremos a otro tribunal, y el todopoderoso de la Historia nos juzgará.

Al terminar, el fiscal señor Atwill, calificó a los trabajadores industriales del mundo como una organización militante revolucionaria y que era un escarnio que Ettor, que era el jefe de ella dijera que había venido a tomar parte en el conflicto como apóstol de la paz.

Refiriéndose a Haywood, dijo que era un hábil maestro que se fué de Lawrence el día 28 de enero, y no estaba allí cuando ocurrió el motín.

Dice que el carácter revolucionario de esos trabajadores es extraño a los principios americanos.

Dicen que quieren la revolución independiente de la política, y ¿cómo puede una de esta clase, ser considerada como una revolución pacífica? Cuando Ettor viene aquí a enseñar a los extranjeros que llegan a nuestras playas, que la Constitución de la comunidad es una Constitución capitalista, no hace más que enseñar la sedición y la traición.

Había un conflicto aquí que podíamos arreglar sin ayuda de Haywood, de Colorado; Ettor, de California, ni Giovannitti, de Italia.

A hechos como los infortunados que han tenido lugar en Lawrence hay que ponerles fin o no tendremos gobierno.

La cuestión: es si ha de gobernar el Estado o las turbas.

***

Hasta aquí la información que se nos ha enviado por correo. A su debido tiempo y basado en noticias telegráficas dimos cuenta de que Ettor y Giovannitti habían quedado absueltos, lo que había producido inmensa satisfacción en el mundo proletario.

Los estudiantes de la Universidad de Roma celebraron una gran reunión para reafirmar su opinión sobre la inocencia de los dos citados compañeros, en los sucesos ocurridos con ocasión de la huelga de tejedores de Lawrence.

Se pronunciaron discursos violentísimos. Los diputados Magliano y Padrecca denunciaron a la plutocracia americana, condenándola duramente y diciendo que la policía era la responsable de la persecución contra esos hombres que el Jurado había declarado inocentes.

Los embaucadores políticos italianos, al saber que los reos iban a ser puestos en libertad, se apresuraron a ofrecerles la candidatura para diputados por la provincia de Cairi, pretendiendo de este modo atraerse el prestigio de estos camaradas y haciendo creer a los trabajadores que los socialistas políticos son su defensores.

Ettor y Giovannitii son hombres honrados e inteligentes y saben muy bien que la libertad de los trabajadores tiene que ser obra de los trabajadores mismos, y por lo tanto les dieron las gracias a los parlachines de Italia.

¡Bien por Ettor y Giovannitti! ¡Adelante con las ideas!

El Proletariado salvador

Triste fin tiene el año 1912: los fecundos y floridos campos orientales, convertidos en lugar de horribles matanzas, yacen hoy cubiertos de cadáveres; a la dulce fragancia de las rosas cultivadas profusamente para abastecer de perfumería al mercado mundial, reemplaza hoy la putrefacción que producen las batallas.

Aparte de lo del norte de Africa, que interesa particularmente a los españoles, las grandes potencias movilizan sus ejércitos; millones de soldados, bien provistos y municionados, se acercan a las fronteras de sus naciones respectivas dispuestos a afear las bellezas naturales y a destruir las maravillas de la producción de las naciones vecinas.

¡Otro paso regresivo en el zig zag de la vía del progreso!

Si vis pacem, para bellum (si quieres la paz prepara la guerra) ha dicho la sabiduría burguesa, erigiendo la desconfianza y el matonismo en base del poder de las naciones; y de ahí la paz armada, que separa de la corriente productora lo más florido de la juventud para adiestrarla en la sanguinaria táctica de la destrucción.

He ahí la obra de la burguesía, que desvió y secuestró la Revolución en 1789, impidiendo que al antiguo régimen siguiera sencilla y naturalmente un régimen nuevo de trabajo y de participación sobre la base de la más justa y más bella equidad.

¡Y menos mal si la matanza y la destrucción terminaran con el año!

En Londres, con pretexto de restablecer la paz, discuten los representantes de las naciones beligerantes sobre las ventajas que cada cual pueda reportar a costa de los perjuicios que logre imponer; mientras los gobiernos de las naciones que por su poder debieran ser gloria de la humanidad, no son más que cabecillas y turneles de bandas expoliadoras, que acechan la oportunidad de arrancar al mapa el mayor cacho de territorio.

La burguesía, al amparo de la corona o del gorro frigio, no da más de sí. Empantanada en el negocio, al negocio endereza exclusivamente su mentalidad, sometiendo al servilismo burgués a la misma ciencia, a la que pide constantemente el modo de matar más y más rápidamente para la conquista, para imponer tratados leoninos, para adquirir o ensanchar colonias, para introducir veneno alcohólico en pueblos primitivos a cambio de ricos productos.

La civilización moderna, brillantemente iniciada en el Renacimiento y confirmada en la Revolución, está en peligro de caer en un período análogo a la Edad Media. Algo semejante al catolicismo clerical tiende a ser el patriotismo burgués, según el cual el fraile sería sustituído por el ricacho, el familiar de la cruz verde por el confidente de la secreta, la Ronda de Pan y Huevo por el Instituto de Reformas Sociales, los autos de fe por las distintas aplicaciones de leyes *scélérates*, los milagros por el poder de las máquinas guerreras, la devoción del santo patrón por el servilismo ovacionista de la multitud ante el plumero del conquistador, las indulgencias por el premio a la apostasía, los herejes por los hombres de convicción y de carácter.

¿Quién y cómo evitará ese peligro y salvará la humanidad, dejando libre vía al progreso?

El proletariado, la clase ínfima de la sociedad, la única que tiene interés en socializar la libertad y la igualdad, aquella que en oposición a las que hablan de derechos creados a la sombra de irritantes privilegios ostenta su derecho inmanente, uniéndose en una aspiración común, sin reparar en dogmas ni en fronteras, para poner a disposición de todo el mundo el patrimonio universal al grito de «no hay derechos sin deberes ni deberes sin derechos».

No; la grandiosidad del avance humano, si puede dificultarse no puede impedirse, antes se perdería en el vacío la mecánica del universo.

Cuando una raza, un pueblo, una clase social constituídos en fuerza guía y directiva pierden la brújula, quedan al margen, y, a pesar suyo, abren paso a los osados, a los exploradores, a los que van resueltamente a buscar lo justo y lo bello en el porvenir, a los rebeldes que restablecen el equilibrio de la dignidad sobre la grosería de la comodidad.

De modo que al triunfante de hoy, si su triunfo no es racional, le espera la derrota; mientras que el oprimido que, enérgico y resuelto, se levanta en nombre de la unidad y de la integridad del género humano le espera la corona del verdadero y definitivo triunfo.

No; el desastre con que acaba el año 1912 y el que amenaza al empezar el 1913 no puede justificar el pesimismo, porque si la burguesía moviliza sus ejércitos para la guerra y la usurpación, el proletariado puede inmovilizar la producción para privar del rancho a los guerreros y ofrecer a la paz del mundo el simbólico ramo de oliva.

ANSELMO LORENZO

Táctica contradictoria

Cúlpase, tal vez con algún ápice de razón, no muy a la vista, a la incultura de la llamada, despectivamente, *masa;* otras veces, quizá también con un lejano espejismo de fundamento racional, se culpa a la indolencia de *los más*, en resúmen los, sarcásticamente, adjetivados con el latiguillo de *organizadores*, esquivando su responsabilidad o incurriendo en flagrante *delito* de lesa ignorancia, quieren demostrar, en vano para los rectos de espíritu, que el mal radica en causas ajenas a la táctica adoptada, a pesar de que ésta resulta absurda y contradictoria.

En tanto que, a la vez que combatimos los códigos, nos valgamos, para nuestra marcha, de las prescripciones de los reglamentos y, al mismo tiempo que atacamos el principio de autoridad, elijamos las directivas en el seno de nuestras organizaciones, demostraremos lo absurdo de nuestro proceder: aún más, daremos con ello un fuerte argumento de defensa a nuestros enemigos, pues que sabrán explotar en su favor nuestros medios diciendo: «Tan fuertes son nuestros principios que hasta nuestros adversarios no pueden obrar prescindiendo de lo mismo que combaten.»

Resulta, pues, ridículo e irrisorio que los hombres enemigos irreconciliables de la inicua organización actual, se agrupen para destruirla, admitiendo en el seno de sus agrupaciones los mismos vicios de que adolece la caduca sociedad que aspiran o tratan de transformar.

Lo absurdo de tal procedimiento es inconcebible, cuando de recto juicio y sana fe se trata.

Bien está y nadie negar puede el beneficio de que los hombres aunen sus esfuerzos, se pongan de acuerdo para obrar, teniendo en cuenta las diversas circunstancias de su lucha; pero sin presidentes ni directivas, sin reglamentos ni actas, puesto que pueden reunirse cómo, dónde, cuándo y en la forma que las circunstanciales necesidades lo exijan y libremente discutir y aceptar o no las soluciones, sin que pese sobre ellos la disimulada imposición de nadie, ni coarte su voluntad lo reglamentado.

Así, todos se irían acostumbrando a ser *libres* y aumentaría su amor a una futura organización sin *dios, amo* ni *rey*, que hoy niegan con sus palabras y afirman con sus actos.

Nada tan hermoso y que proporcione enseñanzas mejores que la unión libre, sin cura ni juez, el entierro curado de sarna clerical, el nacimiento sin chapuzón bautismal, la solidaridad razonada sin cuotas ni nombramientos; los actos todos adaptados lo más posible al dictado de nuestros ideales sin mácula.

En cambio nada tan bochornoso como retractarnos de nuestras afirmaciones ideológicas cuando la práctica reclama nuestro concurso.

¡Menos calificativos y más firmeza!... ¡Menos palabras y más acciones!...

Demuestre nuestra conducta la posibilidad, la certeza, de llevar a la práctica nuestros principios, huyendo de caer en el pestilente fango de lo contradicción y habremos hecho por llevar al convencimiento de la bondad y necesidad de nuestras aspiraciones más, mucho más, que toda el tárrago de libros y folletos que sustentan los argumentos de la gran causa. Hagamos obra sin *remoquetes;* no fijemos cuotas ni atesoremos fondos; no elijamos representantes ni discutamos reglas preconcebidas; obremos en común cuando el común sentir y común pensar nos una en la lucha; supriminamos nombres y ahoguemos idolatrías; no nos hagamos árbitros de necias exigencias, que dejan entrever espíritu autoritario: sepamos demostrar la libertaria afirmación, llevando a la práctica la negación ácrata.

Idealismos, reducidos al gabinete de especulación filosófica, sin posterior repercusión en la realidad de la vida, son semillas revolucionarias, que no trascienden fuera del círculo de lo meramente cerebral y, por consiguiente, apenas influyen en la lucha de lo real y hacedero.

No basta leer libros de determinada escuela filosófica y llamarse o clasificarse de tal o cual bando: es preciso procurar *ser* lo que queremos, sin que nuestra conducta resulte negación de las teorías que sustentamos y *decimos* defender.

Discusiones estériles, lamentaciones castradoras, ciego ofuscamiento sectario, traen como consecuencia lógica la pérdida de energías y el refocilamiento del adversario.

Si nos obsesiona la idea de aspirar a ser *los más*, sin preocuparnos de ser *los mejores*, el ansia del número nos retrasará la victoria de la calidad y el deseo de perfección se eclipsará porque entre nuestro cerebro y la razón se interpondrá, apagando su luz, la *amorfoidad* de una idea glacial y enervadora a un tiempo.

Tiempo empleado en la redacción de programas, queriendo prever casos fortuitos y estableciendo *a priori* las cláusulas para la futura conducta, es tiempo perdido que se ganaría llevando al cerebro el convencimiento de que las circunstancias son las que deciden sobre la utilidad de los medios y, por consiguiente, toda reglamentación en el obrar para lo porvenir no tiene otro fundamento que el basado en el resultado casual, pues que nadie puede profetizar las variantes a que debe ajustarse una táctica en cada caso y lugar, en cada tiempo y circunstancia.

Esas agrupaciones reglamentadas, esos nombramientos documentales, en el seno de organizaciones que *dícense* libres, obstaculizan la racional obra del Ideal, y en tanto no desaparezca la *descomunal* contradicción existente entre nuestras aspiraciones sublimes y nuestra absurda y rutinaria táctica, el recto camino de la liberación individual, base de la social redención, tardará mucho en sentir nuestra marcha al florido jardín de ANARQUIA...

Azuaga.

ZOAIS

POR LOS PRESOS

Mitin monstruo en Madrid

Compañeros: El «Ateneo Sindicalista de Madrid» pone en vuestro conocimiento que, salvando todas cuantas dificultades se han presentado para la celebración del *gran mitin monstruo*, hoy podemos decir que se celebrará el *domingo 29 del corriente*. Como faltan todavía muchas sociedades, grupos y ateneos por mandar su adhesión, como igualmente decirnos si han de mandar delegados, les manifestamos que lo hagan a la mayor brevedad posible, y al poder ser antes del *día 24;* como pensamos hacer un manifiesto y carteles (esto se haría si las sociedades respondieran prontamente) dando a conocer sitio y hora donde el mitin ha de celebrarse, en él constarán también todas las sociedades, grupos y ateneos que se hayan adherido al *gran mitin monstruo;* este manifiesto pensamos que esté impreso para el día 25 y los carteles el 27 (si se hacen).

Ahora a todos los que se encuentran interesados en prestar su concurso al gran acto que ha de realizarse, que este Ateneo tiene en cuenta las noticias dadas por la prensa rotativa sobre la posibilidad de decretar un *indulto general* (cosa que ponemos en duda), porque de harto tiempo es sabido que cuanto ofrecen los gobernantes en raras excepciones se cumple, y ésta podrá ser una de ellas, a mas que estos *indultos* que vienen por ofrecimientos hechos a políticos, trae consigo el privilegio para ciertos individuos que son afines a ellos.

Aunque el *indulto* se decretara antes de la fecha anunciada para este mitin, creemos que ha de ser de gran resultado nuestro acto, porque en él hemos de poner una vez más de relieve sus desaciertos.

Camaradas, ánimo y al *gran mitin monstruo*.

¡Viva la libertad de todos los presos!

El Ateneo Sindicalista de Madrid

Vista la premura del tiempo, deseamos la publicación de la presente en toda la prensa obrera.

VIDA ANARQUISTA

Se ha puesto a la venta, este libro escrito por

ANSELMO LORENZO

que forma un tomo de 208 páginas, segundo de la BIBLIOTECA «TIERRA Y LIBERTAD», al precio de UNA PESETA ejemplar

Pidiendo más de 5 ejemplares se hace el 25 % de descuento

Socialerías

En el papelucho que se publica en Reus, titulado *La Justicia Social*, apareció en el número 129 y con fecha 25 de noviembre, un artículo denominado «Apuntes para la Historia» bajo el seudónimo M. R. y Compañía, en el cual los firmantes mienten a sabiendas como bellacos.

Dicen en su primer párrafo del citado artículo:

«Ha quedado difinitivamente disuelto el antiguo círculo «El Progreso», llamado vulgarmente el «Coro», de Manlleu, por la intolerancia de los anarquistas; pues que en el año 1892, la sociedad contaba un gran número de socios, buen mobiliario de café, mercancías, etc., etc.: además, poseía casa propia de tres pisos y con seis balcones.

»Dos ácratas, gracias a su habilidad o a su estupidez, se apoderaron entonces de la dirección del «Coro» y con sus controversias y chirigotas empezaron a tirar la casa por la ventana, ocasionando las riñas y bajas de socios por centenares.»

¡Cobardes! No tenéis la franqueza de decir que solo os retirásteis vosotros, al ver que el espíritu de la mayoría estaba para establecer en la sociedad una escuela «laica». No tenéis suficiente valor para luchar frente a frente con la burguesía y clericalismo.

Cobardes, sí, mil veces cobardes; pues muchos de vosotros hicisteis causa común con los reaccionarios, para perseguir al profesor y a la Junta.

Hubo algún encarcelamiento, sí; murió la escuela, verdad; mas no conseguisteis matar la idea de poner otra vez la obra en práctica.

Referente a hipotecar la finca sois unos farsantes. Vosotros sabéis sobradamente que siempre lo fué.

Se compró a crédito y no se pagó nunca; ni administrando vosotros, señores modelos.

Conste que si murió la antedicha sociedad, fué por haber fundado una escuela laica primero, mantener otra racionalista después, por espacio de seis años, con profesor propio, y finalmente, por socorrer a cuantos transeuntes obreros, fueran cuales fueran sus ideas, se presentaron, dándoles medios para proseguir su camino hasta el punto que tuviesen destinado.

Si esto son ácratas chirigotas, como vosotros decís, y por esta causa se desmoronó el baluarte, conste que estamos orgullosos de haberlo hecho.

Nosotros, los que vosotros llamáis ácratas, nunca abandonamos a nuestros compañeros, los trabajadores, como lo hicisteis vosotros con los compañeros presos en la cárcel de Vich a causa de los sucesos desarrollados en el día 11 de marzo del año 1901.

Vosotros les despreciásteis y formásteis un patronato obrero bajo la protección de San José, en compañía de los reaccionarios. Tal vez algún hijo, padre o esposa de aquellos compañeros os guardan la venganza.

Vosotros tenéis la culpa del rebajo que las máquinas continuas han sufrido, pues este es el fruto de vuestro patronato.

Nosotros, tampoco aspiramos a concejalías, pero si alguna vez, por vosotros corrompidos, aceptáramos algún cargo, no apoyaríamos subvenciones para procesiones y actos religiosos, como vosotros hicisteis.

Para acabar, pues no queremos emplear o malgastar el tiempo con vosotros; si los ácratas tienen que apuntarse, según decís, una nota más a la lista de los fracasos, vosotros la podréis apuntar también a la lista de vuestros actos policiacos, pues todavía estáis apuntando con el dedo el lugar donde las autoridades deben dirigirse si quieren hacer represalias.

Somos pocos, decís, es verdad; pero es debido al famoso pacto del hambre hecho por los señores burgueses, apoyado por las clases neutras y secundada por vosotros; ¡farsantes!

Casi no quedan hombres en Manlleu ni la comarca; solo quedáis vosotros para ensañaros pateleando los demacrados cadáveres de las víctimas que ocasionásteis.

Somos pocos, sí; pero aun somos los bastantes para desenmascararos. ¡Canallas!

Referente a perseguir la prensa socialista, quemarla y aventar sus cenizas, como vosotros decís, tiene la palabra el corresponsal de vuestra prensa, socialista también, aunque algo timidillo, quien venía y viene todavía a nuestro local semanalmente por si alguien quiera comprarle algo. Ya lo véis, embusteros: confiamos en su imparcialidad.

Para concluir, un consejo: Podéis ahorraros la molestia de servir de confidentes; ahora ya tenemos policía propia. ¡Pobrecitos! ya lo véis, ni para esto hacéis falta.

Lástima de tiernos jovencitos que tenéis a vuestro lado; solo los enseñáis a dormir.

Por hoy basta según las circunstancias publicaremos otro día algún nombrecito.

VARIOS SOCIOS

Desde el penal de Santoña

Adelante con la reforma penitenciaria que a voz en grito piden todas las personas de elevados y humanitarios sentimientos para aliviar algo la penosa situación de los encarcelados. Pero téngase en cuenta que, acompañando a esta reforma, debe hacerse una verdadera selección en el personal de prisiones, pues la mayoría de sus individuos, son unos degenerados que carecen de cualidades para corregir educando. De no hacer esto, todas las reformas en este sentido son inútiles.

Ha poco tiempo que apareció en estas columnas, el índice de los abusos, de las arbitrariedades y de los robos que se efectúan en esta prisión, capitaneado todo ello por... el director don Fermín Díaz y el sabueso que está al frente del *Economato*, empleado al que con razón se le ha bautizado con el nombre de «don Pedro *el cruel*».

Nuevamente me veo obligado a atacar con energía el caos que nos asfixia. Sigo siendo víctima de tan ocultos, cual nuevos inquisidores, y pese a quien pese, diré la verdad con el fin de que ésta pueda ser conocida por el pueblo en general, a ver si nos ayuda a defendernos de estos cosacos.

En las cárceles y presidios españoles, está probado que sólo la desgracia tiene cabida, y para encubrir las iniquidades que en sus antros se cometen y hacer que los ayes de las infelices víctimas, sepultadas en estas mansiones del dolor, no turben la digestión de los privilegiados de la fortuna, no desprecian medio por indigno y cobarde que éste sea.

Todavía sigue mi emparedamiento. Quiero decir, que llevo ya cuarenta y cuatro días en la celda de castigo durmiendo en el suelo y a pan y agua, por comprar dos docenas de sardinas en el Economato. Estos señores, tan partidarios de *corregir* con el vergajo y el hambre, así que se enteraron que yo había denunciado en la prensa algunos de los muchos atropellos que aquí cometen con los presos que no nos prestamos a ser miserables aduladores y lame c... de los que tienen por toda profesión encerrar tras de rejas a quienes no conocen ni les han hecho daño alguno; han caído sobre mi ancianidad cual si fueran fieras o aves carnívoras, jurando y maldiciendo que por mi rebeldía he de salir muerto y crucificado como *El Moreno*, para el cementerio de Verris.

Ya ves, lector, como todavía tienen el cinismo de alabarse de aquel horrendo crimen cometido en el maldito penal de Figueras, crimen que negó rotundamente el Gobierno, informado por un alcalde que, o no tiene corazón o no conoce el amor de madre.

¡Oh, compañeros de TIERRA Y LIBERTAD! ¡Lectores todos! ¿Comprendéis la suerte que me espera? Tal vez tengan ya preparado el tablón en que han de ser clavadas mis arrugadas manos y encallecidos pies. Así como las pinzas para arrancarme los dientes y testículos y sacarme los ojos. Pero no me importa eso. Yo seguiré el camino emprendido sin pensar en las consecuencias, mientras que ellos no abandonen sus procedimientos sanguinarios.

En vuestras sanas convicciones existe la seguridad de mi inocencia en el delito que me imputaron para hundirme en el presidio. Pues tan inocente soy del duro castigo que ahora me impusieron. Al menos, yo no sé que sea delito ni falta comprar dos docenas de sardinas en el Economato para ahorrarme de pagarlas a doble precio a los explotadores que comercian con nuestra desgracia.

Si no quieres morir—me dicen estos desalmados—jura no seguir denunciando el robo del Economato, y el hambre que aniquila a la población penal. También me prohiben ocuparme del ensañamiento que efectúan con las órdenes de indulto que llegan a manos del perfumado director, que para desgracia nuestra, baldón del cuerpo a que pertenece y escarnio de la humanidad, tenemos en ésta.

Los revolucionarios rusos, que tan malos tratos sufren en las estepas y minas de la Siberia, no envidiarían la suerte de los presos españoles, porque, por refinada que sea aquella crueldad, no es menos la que se emplea con nosotros.

¿No es un martirio, cruel hasta lo inconcebible, encerrar a un preso que no cometió la menor falta, en un calabozo obscuro, húmedo, y hacerlo dormir en el suelo sin abrigo ninguno en estas noches tan frías, teniéndole además a pan y agua para más ensañamiento durante mes y medio como llevo yo? Sí que lo es. Y los que lo practican, como los que a sabiendas consienten tales atrocidades, no conocen las leyes de humanidad y sería injuriar a las fieras del bosque compararlas con ellos.

¿Cuándo piensan mis verdugos poner alto al tormento que sin motivo me han impuesto?

JOSÉ CASTELLVÍ

Penal de Santoña.